







CATÁSTROFE DOMÉSTICA.

—¿Qué le ha hecho Vd. á mi criada que llora tanto?  
 —Es que me voy á la tierra. Pero non se aflija Vd.; ya he nombradu sucesor para el agua y para la moza.

EL HONOR Y EL ESTÓMAGO. (4)

(Conclusion.)

El primer dia se deslizó hablando de política, de artes y de industria. A la caída de la tarde, los combatientes amenizaban la conversacion con alguno que otro hostezo.

Al segundo dia, los ojos de Mr. James y de Mr. Thom empezaron á fijarse con alguna tenacidad en el jamon, en los vinos y en las conservas.

Al tercero, la tapa de la mesa se convirtió en un imán de poderosa atraccion, y los tirones de estómago hacian saltar en la butaca á nuestros dos héroes.

Al cuarto, Mr. James propuso á su adversario cambiar las condiciones del duelo del modo siguiente:

Que los padrinos cogiesen dos jamones y dos botellas de Jerez, y despues de envenenar un pernil, y una botella, colocasen en la mesa los dos lotes manducables, dejando al ofendido el derecho de eleccion.

Pero Mr. Thom se mantuvo inflexible.

Al quinto dia, los dos ingleses tenian más hambre que los náufragos de la *Medusa*. Aquella noche los padrinos creyeron prudente amarrar á Mr. James, porque sus miradas antropófagas amenazaban comerse á su adversario.

Al sexto, hubo que hacer lo mismo con Mr. Thom, y al amanecer del dia sétimo, ambos campeones deliraban con faisanes rellenos de criadillas de tierra, y mordian el cuero de sus ligaduras; pero los padrinos apagaban su fiebre recordándoles las *leyes del honor*.

Mr. James era el más débil de estómago, el más sensible á las exigencias del hambre.

—Soy capaz de matarle á Vd.—decia á su antagonista,—de hacerle jigote entre mis uñas y de comérmele crudo!... ¡Pero que me den una lonja de jamon, por María Santísima!

—¡No hay jamon! respondian los padrinos de Mr. Thom; no hay jamon, ó es Vd. un cobarde.

—¡Cobarde yo?... ¡que me suelten y no dejo aquí rastro de bicho viviente!

—¡Caballero, recuerde Vd. las condiciones del contrato! el honor...

—¡Qué honor ni qué calabaza! yo no tengo honor, ¿entienden Vds.? ¡yo no tengo honor!... ¡lo que yo tengo es hambre!... ¡hambre! ¡que me dejen comer!

—No es Vd. el que habla, caballero;—un hombre de honor no se produce en esos términos. Esos gritos vienen del estómago.

—¡Que me dejen comer y que se vaya el honor mucho noramala!—gritaba el infeliz Mr. James.

Al octavo dia, Mr. James y Mr. Thom estaban hechos un tronco sobre la butaca.

Los padrinos se pusieron á deliberar, y, creyendo á salvo el honor de ambos combatientes, determinaron llamar á un médico.

Vino el facultativo, metieron en la cama á los dos atletas, completamente estenuados, y empezó á dárselos algun alimento, usando las precauciones que la ciencia recomienda en semejantes casos.

Este duelo original ha hecho en Hyde-Parke el pasto de todas las conversaciones por espacio de ocho dias.

Los combatientes se encuentran ya fuera de peligro: si alguno les amenaza es el de tener una indigestion de *roasts beef*, porque ambos engullen como canibales para desquitar los siete dias de dieta.

Pero lo más gracioso del cuento es que ninguno de los dos se da por vencido, á pesar de las decisiones de los padrinos.

Conociendo Mr. Thom que es muy difícil violentar las leyes de la naturaleza, ha propuesto á su adversario elevarse juntos en un globo sin válvula y no parar hasta el quinto cielo.

Mr. James ha admitido el reto, á condicion de que se lleven provisiones para tres meses. Nuestro hombre tiene sin duda un miedo cerval á morir de hambre.

Los amigos de uno y otro hacen actualmente milagros de elocuencia para disuadirlos de su propósito.

Pero Mr. Thom exige completa reparacion del moquete recibido, y Mr. James se obstina en que la susodicha puñada estuvo muy en su lugar como premio de su estrujado callo.

Tal es la manera como se debaten allende el estrecho de la Mancha las cuestiones de honor.

Acá por el continente solemos tambien echar remiendos bien absurdos á esta quisicosa que todos llaman honor, y que cada cual define á su modo.

El marido engañado recibe frecuentemente una estocada de mano del amante de su mujer, y el hombre que arde en deseos de venganza espera tranquilo y con los brazos cruzados á que su ofensor le aloje media onza de plomo en el cráneo. Esto se llama obtener una reparacion, ser un valiente...

—¡Un valiente bruto!—exclamaria al leer estas líneas un comanche ó un tuareg.

Pero ¡bah! ¿qué entienden de *leyes de honor* en las pampas de América ni en los arenales de Africa?

Nuestro civilizado honor es una especie de traje de tul que se desgarrá al más ligero contacto.

Si á veces tenemos que remendarle con pedazos de nuestra piel, arrancada por la punta de un sable ó por la bala de una pistola, ¿qué importa? nuestra desgarrada honra queda con su correspondiente remiendo, y nuestros amigos dicen cuando hablan de nosotros:

—«¡Quién, Fulano? ¡Es un héroe!... un chico de *muchísimo honor!*»

Pero el martirio de Tántalo aplicado al duelo es una fruta que no conociamos por acá, y naturalmente debia venirnos de ese país en que hay hombres que alquilan una casa, porque detrás de la casa hay un jardin que tiene un árbol, y el árbol una rama horizontal magníficamente dispuesta para... ¡jahorcarse!

Muchas *eccentricidades* habia oido contar de los señores ingleses; pero los *duelos á dieta* dejan atrás cuantas locuras ha inventado hasta la fecha la flemática gravedad de la raza anglo-sajona.

Cuando el populacho español enumera los hombres que trabajan en una viña, en un cortijo, ó en cualquiera otra parte, si son veinte, y entre ellos hay un hijo de Galicia, nunca dice veinte hombres, sino diez y nueve hombres y un gallego.

Con mucha más razon pudiera aplicarse el mismo sistema al hablar de los ingleses.

Porque, á juzgar por el hecho anterior y por otros mil parecidos, un inglés no es un hombre.

Un inglés es un inglés.

Federico de la Vega.

(4) Véase el número 35.

